

Eric Hobsbawm: los peligros de la mirada

Joseba Louzao

Centro Universitario Cardenal Cisneros (Universidad de Alcalá de Henares)
E-mail: joseba.louzao@cardenalcisneros.es

historia y
cultura

Recibido 25 de noviembre de 2014

Aceptado 12 de diciembre de 2014

RESUMEN: Eric Hobsbawm, al decir del autor de este artículo, ha sido uno de los raros historiadores del siglo xx que ha hecho historia. Miembro desde muy joven del Partido Comunista Británico, «un comunista tory tremendamente conservador», fue un observador partícipe de las ilusiones y fracasos de su siglo. Un observador que poco a poco se hizo historiador, intérprete y actor de un mundo en el que el ideal comunista, el nacido con la Revolución de 1917, le acompañó en lo bueno y en lo malo.

PALABRAS CLAVE: Eric Hobsbawm, comunismo, Imperio Británico, British Marxists Historians, egohistoria.

El fallecimiento de Eric J. Hobsbawm en la madrugada del 1 de octubre de 2012 como consecuencia de una leucemia fue una de las noticias más destacadas de aquella jornada. A los noventa y cinco años su presencia en los medios de comunicación era una constante, ya fuera para opinar sobre la invasión de Iraq, las dificultades políticas de la izquierda o el futuro del oficio de historiador. Su perfil era, y no exageramos nada, el más reconocido entre los historiadores del siglo pasado. Probablemente ningún compañero de oficio podía hacerle sombra en la arena pública. Por todo ello, no nos puede sorpren-

der que la prensa internacional se llenara de encomiásticas semblanzas y los obituarios no tardaran en recorrer la biografía de uno de los protagonistas del siglo xx (algunos incluso llegaron a referirse a este siglo como la «Era Hobsbawm») más leídos por propios y extraños. Pocos historiadores podían acaparar una atención mediática similar en una coyuntura tan desfavorable para la labor histórica. Él sólo, a pesar de su edad, llenaba el escenario de cualquier sala abarrotada por cientos de personas que habían agotado las entradas y que esperaban ansiosos por escucharle. La

elegancia expositiva cautivaba allá por donde fuera.

Aunque pueda resultar paradójico para un historiador convencido y firmemente marxista, los encomios se reprodujeron desde todos los ámbitos ideológicos a las pocas horas de su fallecimiento. Tanto es así que el polémico Niall Ferguson, reconocido pilar del pensamiento conservador británico, aseguró en las páginas de *The Guardian* que había sido «un historiador verdaderamente grande». Y es que en aquellos días pocos textos fueron críticos con el personaje y sus decisiones vitales, aunque quizá tampoco era el momento más adecuado para recordar las aristas más oscuras de uno de los historiadores más famosos de la historia. De esta forma, y pasado el tiempo, tenemos la obligación de acercarnos más sosegadamente al perfil de Eric J. Hobsbawm, uno de esos raros historiadores que hacen historia.

Una vida en la era de los extremos

Hobsbawm nació en Alejandría, que por aquel entonces era un protectorado británico, el mismo año que comenzaba la revolución bolchevique. Evidentemente, el segundo dato es más importante que el primero si se trata de elab-

orar una aproximación biográfica de este historiador. El nacimiento en Egipto no fue más que un accidente histórico. Como, por cierto, el apellido con el que será mundialmente conocido, ya que un equívoco burocrático desdibujó el original paterno Hobsbaum. Su madre era austríaca y su padre británico, ambos eran judíos no practicantes que se habían casado durante la Gran Guerra disfrutando de la neutralidad suiza (un matrimonio internacional propio de los judíos de la época). Al concluir ésta, buscaron una nueva oportunidad en una Viena abatida y sin aliento tras la destrucción del Imperio Austrohúngaro. Pero las cosas no fueron demasiado bien en los diferentes proyectos de la familia, que tuvo que hacer frente a una constante situación de desastre económico. Además, su padre falleció en 1929, como recuerda Hobsbawm en su propia autobiografía, en la puerta de casa después de «regresar de una de sus cada vez más desesperadas idas y venidas a la ciudad en busca de dinero fruto de su trabajo o de algún préstamo». Su madre no supo sobreponerse y, dos años y medio después, murió por culpa de una enfermedad pulmonar, agravada por la pena y sus habituales visitas al cementerio.

En el verano de 1931, los dos hijos del matrimonio –Eric y su hermana pequeña– tuvieron que trasladarse a Berlín con su tía. Por lo tanto, no es extraño que Hobsbawm haya reconocido en varias ocasiones que la familia fue el pilar más relevante de su vida. Por otro lado, puede parecer que su paso por la capital alemana, donde estuvo apenas dos años, sólo podría ser una histórica anécdota en su compleja biografía juvenil. Sin embargo, fue allí donde tuvo las experiencias fundamentales que conformaron su personalidad adulta. Cuando llegó a Cambridge ya estaba afiliado al Partido Comunista, era un antifascista convencido y tenía fe en la posibilidad de que las ciencias sociales podrían crear indiscutibles leyes científicas. Unas ideas que no le abandonarían nunca a lo largo de su vida, a las que se aferró hasta el final y que conformaron la educación sentimental de aquella breve estancia alemana. Para muchos, estos rasgos básicos fueron parte de una coherencia vital intachable. En el Berlín de la república de Weimar, Hobsbawm se involucró cuando estaba en el instituto de enseñanza media (el *Gymnasium*) en la intensa vida política actual a través de la organización juvenil Sozialistischer Schülerbund, que terminó engrosando las filas del Partido Comunista Alemán (KDP).

Como él mismo reconoció en su autobiografía, el paso hacia la politización era inexcusable.

En la época de Weimar, los comunistas germanos pretendían un cambio radical y definitivo. Como consecuencia de esta idea, llevaron a cabo una política que atacaba con dureza a los socialdemócratas, a los que se consideraban como más peligrosos que el nacionalsocialismo, que iba avanzando paulatinamente. La llegada al poder de Hitler fue una prueba más del error que habían cometido en un periodo dominado por las emociones. Como reconocía el propio Hobsbawm, se reaccionaba a las noticias políticas como «un hincha de fútbol». Y, como cualquier aficionado deportivo, siguió fielmente la interpretación comunista cuando se pactó la no agresión entre la Alemania nacionalsocialista y la Unión Soviética de Stalin. Por encima de la realidad, se encontraba un ideal que imaginaba un paraíso de trabajadores y que encarnaba una ilusión que contagiaba a muchos. El terror soviético, aunque no se suele destacar habitualmente, se asentó en la ingenuidad de aquellos soñadores ortodoxos. Una candidez, nada inocente, cargada de emocionalidad y de una intensidad vital que se deja entrever en los recuerdos de aquel período.

Aquella Alemania no era el lugar ideal para un judío como él, aunque siguiendo la tradición familiar nunca fuera un creyente religioso. Con todo, e influido decisivamente por su madre («nunca hagas nada que dé la impresión de que te avergüenzas de ser judío»), nunca desdeñó su identidad étnica como llegaron hacer tantos otros con una biografía similar. Eso sí, el sionismo nunca le atrajo especialmente. En 1933, los Hobsbawm viajaron a Londres, ya que seguían teniendo familia allí y mantenían el pasaporte británico. Aunque no eran extranjeros por ascendencia paterna, realmente eran como casi todos los desarraigados de aquella negra Europa central. Hobsbawm pronto se adaptó a su nueva lengua de estudio, que no era desconocida del todo para él, y al peculiar sistema académico local. Y así comenzó a sobresalir por su inteligencia, lo que le permitió conseguir una beca para Cambridge, en el reconocido King's College, entre 1936 y 1939.

En Cambridge, Hobsbawm también destacó entre sus compañeros y, sobre todo, fue ascendiendo en la elite universitaria británica con un excelente expediente académico, aunque su defensa del comunismo torpedeó una promoción que podría haber sido mucho más rápida y prometedora. Con todo,

esto no le impidió formar parte de una peculiar sociedad secreta denominada «Los Apóstoles» en la que se entraba por cooptación, a la que también pertenecieron otros grandes pensadores del siglo pasado, como Russell, Keynes o Wittgenstein, y que organizaba diversas jornadas de debate y reflexión. No debemos olvidar que el objetivo de esta universidad británica no era sólo preparar a importantes especialistas en distintas materias, sino también formar a la clase dirigente del futuro. En el fondo, a pesar de su posición heterodoxa y sus opiniones políticas Hobsbawm fue, como lo definió el intelectual holandés Iam Buruma, «un comunista *tory* tremendamente conservador». Era, en realidad, una persona propensa al orden y numerosos episodios de su biografía lo remarcan. No en vano, en sus memorias al referirse a su estancia en «Los Apóstoles» llega a afirmar que «incluso a los revolucionarios les agrada estar en una tradición deseable».

Durante la Segunda Guerra Mundial fue llamado a filas y, pese a su dominio de varias lenguas, sirvió al ejército británico en su propio país. Al acabar la contienda, intentó conseguir un puesto en su antigua universidad sin ningún éxito. Con todo, no tardó en obtener una plaza de historia so-

cial y económica en el reconocido Birbeck College de Londres, donde se estableció hasta su jubilación al principio de la década de los ochenta. Su fama fue creciendo con el paso de los años, sus libros de alta divulgación tenían cada vez mayor audiencia y su nombre, unido a los de toda una generación de historiadores británicos que intentaron revitalizar su oficio desde una posición marxista, se convirtió en una luminaria historiográfica. Fue un «observador partícipe» del siglo xx gracias a sus múltiples viajes por medio mundo, donde impartió cursos y dictó conferencias en la mayoría de las más respetadas universidades y centros de investigación, desde Stanford a Cornell pasando por las aulas del reputado MIT. Para millones de personas, su inconfundible presencia pública le transformó en un referente ideológico de izquierdas por sus constantes opiniones en los medios. De hecho, entre 1984 y 1997 siguió trabajando al otro lado del charco, en la New School for Social Research de Manhattan, una universidad que mantenía un claro perfil izquierdista y alimentaba el pensamiento político estadounidense, donde el departamento de Ciencias Políticas le nombró profesor emérito. Sus últimos años de vida están coronados por conferencias y distinciones por medio mundo,

como la Orden de los Compañeros de Honor de la monarquía inglesa.

Un historiador desde abajo observando la totalidad

Hobsbawm perteneció a la corriente neomarxista que se inició en Gran Bretaña tras la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, los *British Marxists Historians*. Este grupo heterogéneo de marxistas (conformado por autores como Maurice Dobb, Christopher Hill, Victor Kiernan, Rodney Hilton o E. P. Thompson), originales en sus propuestas y sus lecturas historiográficas, se tensionó entre el trabajo empírico sobre la acción colectiva de los sujetos históricos y miradas mucho más teóricas. No cabe duda de que los apellidos de Hobsbawm y Thompson sobresalen por su proyección y singularidad a lo largo del tiempo. Thompson escribió un libro clásico en la década de los setenta sobre *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963), que resituaba la historia desde una perspectiva social que será clave en su desarrollo posterior. En el fondo, se trataba de una relectura de la corriente liberal radical británica que había desarrollado desde finales del siglo xix la *people's history* (la «historia popular»). Ése era precisamente el título de un ma-

nual escrito en 1938 por A. L. Morton sobre la historia inglesa, y que aglutinó a estos nuevos marxistas en un seminario de discusión.

Este grupo informal de historiadores, ligados especialmente a las universidades de Oxford y Cambridge, se adscribieron al materialismo histórico como una forma de defensa de la razón ilustrada frente al irracionalismo de un fascismo que había azotado el continente europeo. Con sus trabajos buscaban alcanzar una historiografía de tipo científico en un discurso que se plasmó en la fundación de la revista *Past and Present* (1952), que llevaba por subtítulo en sus primeros años el significativo «Revista de historia científica». En cualquier caso, este neomarxismo británico se interrelacionó con la escuela francesa de *Annales* como se reflejó en los números iniciales de *Past and Present* con artículos de historia social y económica, especialmente dedicados a los siglos centrales de la edad Moderna. Para estos historiadores del Partido Comunista no había duda de que la historia tenía un valor político trascendental desde la academia con posiciones críticas: descubrir las experiencias de los trabajadores del pasado servía de refutación a los poderosos del presente. Por esta razón, hubo quien, como el popular Huhg Trevor-Roper des-

de el ámbito del antimarxismo, insinuaba que la labor de este grupo se asentaba en la ayuda recibida desde la Unión Soviética.

En sus primeros trabajos, basándose en autores como Georges Lefebvre o Antonio Gramsci, Hobsbawm atendió a los campesinos que hasta la década de los sesenta no aparecerán entre los intereses de este grupo, ya que entendían que no existía en ellos «conciencia de clase». Asimismo, dedicó esfuerzos a analizar movimientos obreros, como los rebeldes de «Capitán Swing» o los destructores de maquinaria industrial, que se encontraban en los márgenes del interés de los historiadores sociales de aquel entonces, obcecados en el estudio de organizaciones y sus líderes. Por ejemplo, en *Rebeldes primitivos* (1959) se decantaría por analizar lo que llamaba las «formas arcaicas» de los movimientos sociales y una década después con *Bandidos* (1969), un texto que recorría el mito y la realidad de una serie de grupos justicieros a lo largo de la historia, construyó el concepto analítico del bandolerismo. Fueron unos textos muy debatidos, pero su mayor logro fue resituar a las clases subalternas, por aquel entonces los sujetos más olvidados por la historiografía académica. Hobsbawm era, evidentemente, el historiador menos

insular de este grupo de autores británicos e iba dando pasos para convertirse en uno de los historiadores más transnacionales.

Aunque estos textos ya le habían aupado a la fama, su producción se coronó con la tetralogía del mundo contemporáneo conformada por *La era de las revoluciones* (1962), *La era del capital* (1975) y *La era del Imperio* (1987), y rematada por *Historia del Siglo XX (1914-1991)* (editada en 1994 con un título original mucho más significativo: *La era de los extremos*). Estos títulos son su gran obra de madurez, una sobresaliente síntesis desproporcionada y desequilibrada. Su finura sintética y su seductor estilo llegaron a su culmen con estas cuatro obras. Quizá es aquí donde mejor observamos la relación entre Hobsbawm y la tendencia *annaliste* (especialmente la de Ferdinand Braudel) a la *longué durée*. Estas cuatro obras han sido discutidas hasta la saciedad, pero siguen siendo un punto de referencia inexcusable para comprender las líneas generales de la civilización occidental en la contemporaneidad. Las generalizaciones y la búsqueda de claves interpretativas ofrecen una fuerza narrativa difícil de escapar, aunque también esto crea ciertas limitaciones especialmente al ser obras excesivamente europeas, algo que él mismo supo reconocer. Para-

dójicamente, el historiador desde abajo, que pretendía rescatar a la masa anónima, convierte en sus historias generales a estos grupos *en invisibles*. En el fondo, nos encontramos ante una firme apuesta por la interpretación y la divulgación de historias de largo aliento que nos ayuden a explicar la realidad completa y no sólo retazos de la misma. Como no podía ser de otro modo, Hobsbawm fue muy crítico con la hiper-especialización a la que se encaminaba el oficio.

Por otro lado, cabe destacar que, curiosamente, el texto sobre el siglo xx tardó en publicarse en Francia. El historiador Pierre Nora incluso se negó a editarla en su colección dentro de la reconocida editorial Gallimard. ¿Las razones? No se le veía una rentabilidad. Para Nora, el libro era «anacrónico y estaba inspirado en una ideología trasnochada». No fue, ni es el único historiador que coincide en destacar que la biografía personal de Hobsbawm le hace distorsionar la realidad para cuadrarla con sus esquemas prefijados. *En el fondo, nos encontramos ante un apologeta del comunismo*. Su complacencia con Stalin, pese a las críticas que le reserva, son peligrosas al presentarlo como una especie de necesidad histórica. No podemos olvidar que las autocríticas llegaron demasiado tarde y de forma muy tímida.

Su imagen sobre la República Democrática Alemana también le delató: no era mala en sí misma, sino por su falta de legitimidad.

Hobsbawm fue hasta su muerte un autor prolífico e incansable. Al enterarse de su fallecimiento, el historiador británico Richard Evans lo definió como «una penetrante mente enciclopédica». No le faltaba razón: el listado de sus libros reconocen su amplitud de miras. Su autobiografía sigue siendo un sugerente ejercicio de *egohistoria* (*Años interesantes: una vida en el siglo XX*, 2002) y sus trabajos sobre el nacionalismo supieron conectar y comparar realidades de medio mundo (tampoco deberíamos olvidar su labor como editor –junto a Terence Ranger– de una obra indiscutible como *La invención de la tradición*, 1983). En 1997, publicó unas reflexiones sobre la historia, en las que volvía a defender el carácter científico del oficio de historiador (*Sobre la historia*). Después, sus obras tuvieron un carácter menor, sobre todo, por ser trabajos circunstanciales o refritos de artículos y textos de profundidad dispar. Su presencia en los medios de comunicación era ya absoluta, no había tema sobre el que no fuera consultado. Eso sí, tampoco se olvidó de escribir sobre sus propios gustos culturales, como el jazz.

Una mirada estropeada: siempre habrá algún pero

Una de las fórmulas más exitosas de Hobsbawm fue la caracterización del siglo xx como un siglo corto y de extremos. Pronto se convirtió en una referencia inexcusable. Sin embargo, hay bastantes historiadores críticos con esta reflexión. El principal problema es que la lectura de este siglo se hace desde la centralidad de la Unión Soviética. Las dudas son evidentes, porque quizá el eje interpretativo era el equivocado. De hecho, en su biografía Hobsbawm terminaba leyendo el pasado desde su propia vertiente política. Aun teniendo en cuenta su heterodoxia, Hobsbawm nunca abandonó sus ideas. Y eso que el comunismo tuvo que enfrentarse al fracaso. Con todo, y como recuerda Tony Judt, uno de sus críticos más inteligentes, las opiniones de Hobsbawm sobre el siglo xx parecen escritas bajo la sombra de un censor invisible. Otro especialista de este tiempo, Enzo Traverso, incluso califica este trabajo como una «apología melancólica del comunismo». El problema no radica en la lectura histórica marxista. Hobsbawm fue un romántico de la revolución. Los campos de trabajo forzados eran injustificables, pero... En una entrevista con Michel Ignatieff en 1994, Hobsbawm

llegó a afirmar que la muerte de unos veinte millones de personas hubiera sido justificable si el futuro prometido por el comunismo habría llegado en la época de Stalin. Cualquiera de sus lectores sabe que este tipo de juicios sazonan su obra por lo que es imposible decir que fue el gran historiador del siglo xx. Como mucho, un inteligente historiador que supo acaparar la atención mediática a través de la divulgación.

Entre sus aspiraciones científicas y su lealtad política, el balance tambalea su credibilidad. Como en tantas otras ocasiones, lo importante siempre viene detrás del pero. Lo recordaba Iam Buruma en un completo perfil sobre Hobsbawm: permanecer en un partido comunista hasta finales de la década de 1980 es una prueba de que, en algún lugar de la conciencia, se conservaba la convicción de que había merecido la pena, o que la habría merecido si los regímenes soviéticos no lo hubieran hecho tan mal. Y esto le sucedió a un historiador que al hablar del nacionalismo recordaba convincentemente que «la historia, entendida como ideología y fuente de inspiración, tiene una gran tendencia a convertirse en un mito que hace posible la autojustificación. Como demuestra la historia de las naciones y los nacionalismos modernos, ninguna

venda cubre más los ojos que ésta. Es tarea de los historiadores tratar de arrancar dichas vendas o, por lo menos, levantarlas un poco alguna que otra vez».

Por todo lo dicho, sobre Eric J. Hobsbawm pesará siempre su clara opción de no romper con el comunismo. No lo hizo en 1956 cuando la Unión Soviética entró en Hungría a aplastar la rebelión local (¡algo que siguió justificando en la primera década del siglo xxi!). Tampoco lo hizo en 1968 cuando se invadió Checoslovaquia. Resulta curioso observar cómo la coherencia que muchos proclaman le hiciera defender algunas de las decisiones más trágicas del poder soviético. Muchos de sus compañeros y amigos fueron alejándose del Partido Comunista como consecuencia de estas acciones y del descubrimiento del sufrimiento de millones de personas. Sin embargo, Hobsbawm se mantuvo incólume ante todo ello y mantuvo posiciones vergonzantes de las que trató de defenderse –a veces, incluso reconociendo algunos errores de matiz– hasta relajar su militancia y convertirse en un «simpatizante» cuando el ideal soviético se había derrumbado. En sus obras dedicadas al siglo xx intenta mantener la fuleta equidistancia, pero la prosa le delata. Como han señalado algu-

nos de sus críticos, al referirse al «discurso secreto» de Jruschov Hobsbawm llegó a escribir: «the brutally ruthless denunciation of Stalin's misdeeds». Siempre había un pero, y aquí venía en forma de adjetivos. La brutalidad y lo despiadado está en la denuncia, no en los excesos del estalinismo. Se puede defender la rica prosa del historiador británico y su capacidad para acertar sobre los temas y la manera de abordarlos, pero sus errores interpretativos siguen lastrando su prolífica obra.

Como tantos otros, Hobsbawm se sintió fascinado por el ideal comunista («el sueño de la Revolución de Octubre permanece todavía en algún rincón de mi interior»). Su vida dentro del comunismo no fue, esencialmente, un trabajo de base, sino intelectual. La propia biografía de Hobsbawm, de hecho, facilitaba que no disfrutara ni le apeteciese trabajar dentro de las células comunistas. Desde lejos todo era mucho más sencillo. El romanticismo se considera como algo positivo si no interfiere en nuestras ideas. No querer romper con la tradición de la juventud no puede ser alabado en este caso, si no queremos desprendernos de cierta utilidad ética. ¿Compromiso con qué? Pudo haber pertenecido a un grupo que ha demostrado fielmente cómo la ceguera puede

desaparecer. De hecho, algunos de los más importantes nombres del siglo xx no aparecen en las obras de Hobsbawm. Han desaparecido en escena porque su reflejo podría ser imposible de mantener en la memoria del historiador británico. Sí, pudo reconocer algunos de sus errores, pero aparecen siempre más como simples errores de la historia. La responsabilidad individual desaparece en demasiadas ocasiones en las grandes síntesis de Hobsbawm. Ernst Gombrich nos recordaba constantemente que «el pasado no está poblado por abstracciones, sino por hombres y mujeres». Sus apologistas lo olvidan con demasiada facilidad. En el fondo, han comprado con satisfacción una mirada estropeada de la que no quieren desprenderse.

Uno puede sospechar que a muchos especialistas el crédito se les agotó antes con consideraciones menos extemporáneas que las de Eric J. Hobsbawm. El escritor británico Mark Lilla escribió una sugerente colección de ensayos sobre la responsabilidad del intelectual, identificando a una serie de intelectuales como «pensadores temerarios» (entre los que encontramos a personajes de la talla de Martin Heidegger, Michel Foucault, Alexandre Kojève, Carl Schmitt, Jacques Derrida o Walter Benjamin). No se trata de hacer un jui-

cio a todo su pensamiento, sino de aquellos aspectos filotiránicos que los desnudaron intelectualmente. Hay una frase demoledora al final de este recomendable trabajo: «en su mayoría, los intelectuales europeos se parapetaron detrás de sus escritorios, visitando Siracusa [hace referencia a la relación de Platón con el tirano de esta ciudad griega] sólo con la imaginación, desarrollando interesantes y a veces brillantes ideas con las que explicar los sufrimientos de personas a las que nunca mirarían a los ojos».

No hay duda de que tendremos que seguir revisitando la obra de Hobsbawm para interpretar el siglo xx durante muchas décadas

(yo no tengo dudas de que lo mantendré en mi biblioteca en un lugar principal), pero no podemos olvidarnos que fue un ejemplo más del pensador temerario tan prototípico de aquel tiempo. La pregunta, por tanto, se hace inevitable: ¿realmente necesitamos en este mundo desconcertante en el que vivimos de intelectuales que nos ofrezcan grandes diseños intelectuales? Quizá la clave nos la encontremos, como señalaba Emmanuel Lévinas, en el rostro del otro que está desprotegido, «por quien yo puedo todo y a quien todo debo». Probablemente no haya mayor lucidez ante la ceguera de la abstracción ideológica que mirar a los ojos del otro. ■

SALTERRAE



IGNACIO CACHO NAZÁBAL, SJ
Cristología

480 págs.
P.V.P.: 24,50 €

«¿Quién dicen los hombres que soy yo?». El profesor Cacho, además de informarnos sobre lo que dicen hoy de Jesús desde el pueblo judío o desde el islam, expone con claridad su propia aportación en los principales debates de la cristología europea contemporánea y aboga por la continuidad entre *la figura histórica de Jesús y el Cristo proclamado* por las comunidades cristianas después del acontecimiento pascual, y desarrollado más tarde doctrinalmente, a lo largo de los siglos, en la cristología de los concilios.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
